

Grecia: salir del atolladero, no salir del euro

Introducción

La situación política y económica en Grecia ha vuelto al centro de atención de toda la Unión Europea y, particularmente, de España, por el efecto que el proceso griego pueda tener en nuestro país. Cerramos este comentario editorial el lunes 15 de febrero, el mismo día en que el Eurogrupo (la unión de ministros de Finanzas del euro) ha dado un ultimátum a Grecia para que solicite la extensión del rescate en esta misma semana. Cada día se suceden y se sucederán nuevos acontecimientos. Nuestro comentario quiere ofrecer algunas claves y un marco para interpretarlos correctamente, así como algunas propuestas de acción.

El cambio político de Grecia

En enero de 2015, el partido Syriza gana las elecciones legislativas en Grecia y su líder Alexis Tsipras forma gobierno, ocupando el economista Yanis Varoufakis la cartera de Economía. En la campaña electoral, Syriza defendió la necesidad de que Grecia, afirmando su soberanía política y superando los dictados de la Troika (Comisión Europea, Banco Central Europeo y Fondo Monetario Internacional), pusiera en marcha un plan de crecimiento económico que afrontara la muy penosa situación económica y social helena; plan que implicaba el abandono de la política de austeridad presupuestaria exigida por la Troika, dando curso a medidas tales como la elevación del salario mínimo, el aumento de las pensiones más bajas, la recontratación de los funcionarios despedidos, la paralización del programa de privatizaciones, entre otras medidas; y en el terreno financiero, la

negociación con las instituciones comunitarias (no con la Troika, rechazada por su falta de legitimidad democrática y por sus nocivas recetas económicas y financieras) una reestructuración de la muy elevada y gravosa deuda pública griega, incluyendo en ella una importante quita de la misma.

Formado el nuevo gobierno griego, Tsipras y Voroufakis inician una rueda de contactos con los principales líderes de la UE y de los Estados más influyentes en los que insisten en la necesidad de un plan de crecimiento que no sólo beneficie a Grecia, sino también al conjunto de la UE. Subrayan que las recetas de austeridad de la Troika han sido contraproducentes no sólo para Grecia, sino también para el conjunto de la Eurozona. Voroufakis denuncia la ignorancia e irresponsabilidad de los *médicos* de la Troika, que con sus recetas, ignorando sus efectos, han aplicado *veneno (sic)* a Grecia, contribuyendo irresponsablemente a la intensa recesión de la economía griega y al grave empeoramiento de su situación social.

Reconociendo la necesidad de llevar a cabo reformas estructurales pendientes (sobre todo, en la lucha contra el elevado fraude fiscal), los líderes griegos reiteran el abandono de la austeridad presupuestaria y la necesidad de impulsar el gasto público que ponga remedio a la miseria que aflige a colectivos sociales griegos, aunque no renuncian al logro del equilibrio presupuestario a largo plazo.

Aunque en los contactos con los líderes europeos Voroufakis sostiene (de manera informal) que el Estado griego es insolvente (que toda su deuda es impagable), ya no habla de una quita de la deuda, sino de un *canje de bonos* (que implique un menor pago de intereses y un alargamiento de los plazos de devolución de la deuda); y solicita un crédito-puente que permita afrontar pagos inminentes, mientras se negocia con las instituciones comunitarias la reestructuración de la deuda pública.

Con diferente grado de simpatía (mayor en Francia, mucho menor en Alemania y demás países acreedores, incluida España), los Estados del euro se muestran poco complacientes con las demandas griegas; en cambio, insisten en que Grecia debe

cumplir todos los compromisos adquiridos con las instituciones comunitarias en anteriores planes de rescate.

La insolvencia del Estado griego y la posible salida del euro (Grexit)

La declaración de Voroufakis sobre la insolvencia del Estado griego (aunque afirmada coloquialmente) sorprende, pues implica la insolvencia de los bancos griegos, que han prestado mucho dinero al Estado griego, dinero que no recuperarían si éste es insolvente. La respuesta del Banco Central Europeo (BCE) complica la situación financiera de los bancos griegos y mete presión al gobierno griego: cierra el grifo de la liquidez del BCE (al 0,05%) a los bancos griegos, liquidez sin la cual éstos no pueden hacer frente a la retirada de depósitos que se viene dando tras el triunfo electoral de Syriza. Para no matar del todo al enfermo griego, el BCE permite temporalmente a los bancos griegos recurrir a una línea de liquidez de emergencia prevista en la Eurozona, pero que resulta más cara (el 1,55%).

En los medios de prensa, la salida de Grecia del euro (Grexit) vuelve a plantearse. Y regresan las turbulencias a los mercados financieros (siempre los especuladores al acecho), pasando recibo a las bolsas y a las primas de riesgo (no sólo en Grecia, sino también en la periferia europea), aunque con menor virulencia que en episodios ocurridos en 2010 o 2012. En suma, la situación crítica griega genera renovados efectos contagio en la Eurozona. Frente a ella, resultan necesarios y urgentes nuevos compromisos políticos entre Grecia y la Eurozona, que eviten Grexit y sus efectos. ¿Serán posibles?

Algunos datos de Grecia

Grecia es un país pequeño, tan sólo 11 millones de habitantes, algo más del 2% de la población de la UE. Como consecuencia de la crisis, entre 2008 y 2013 ha registrado una impresionante caída de su PIB (renta), que en volumen se reduce el 26%. Ello ha llevado

consigo una brutal pérdida de empleo, con el correspondiente aumento del paro (según Eurostat, en 2013 era el 27,5% de la población activa), con un altísimo paro juvenil (en 2013 el 58,3%). El PIB por habitante griego, en paridades de poder de compra, que en 2008 significaba el 93,1% del promedio de la UE ha descendido bruscamente al 72,6% en 2013.

En la estructura productiva griega destaca el pequeño tamaño de la industria y su debilidad exportadora, así como su gran dependencia energética; sólo algunas ramas del sector servicios (turismo y transporte marítimo) aportan algo de dinamismo a la economía. Mal dirigida políticamente, Grecia ha vivido demasiados años por encima de sus posibilidades; el gasto nacional griego (privado y público) en la última década ha superado sistemáticamente al PIB, provocando un crónico y elevado déficit de balanza de pagos, con el consiguiente endeudamiento de la economía griega con el resto del mundo.

El sector público griego, actualmente en lento, difícil y penoso proceso de reforma, es tan grande como poco eficiente. El gasto público en porcentaje del PIB es demasiado alto y el sistema fiscal brilla por su *ineficiencia* (con una muy débil administración tributaria) y por su *injusticia* o regresividad (con muy extendido fraude y elusión fiscal, sobre todo de las grandes fortunas griegas y de los profesionales liberales). La consecuencia lógica son los crónicos desajustes de las finanzas públicas griegas y su recurrente recurso al endeudamiento. Por ello, la deuda pública griega es altísima (según la Comisión Europea, el 177,2% del PIB en 2014, el mayor ratio entre los países de la UE) y la carga de intereses que dicha deuda implica asciende en 2014 al 4,5% del PIB, pesada carga para un país con tantas necesidades económicas. Esta carga, gracias a la asistencia financiera comunitaria (a bajos tipos de interés y largos vencimientos) no es la mayor entre los países de la UE (en Portugal significa el 5%, en Italia el 4,8% y en Irlanda el 4,4%).

Otra nota destacada de Grecia es su alta y creciente desigualdad económica y social, entre las mayores de la UE, sólo superada por Bulgaria y Rumania. Según datos de Eurostat, en 2013 el

porcentaje de población griega en riesgo de pobreza o exclusión social asciende al 35,7% (en 2008 era el 28,1%).

Los desajustes de la periferia europea y sus cómplices

Con estructuras económicas precarias y una estructura político-institucional ineficiente y muy corrupta, dominada por unas pocas familias que se repartían y alternaban en el poder, primando más las «buenas relaciones» que la eficiencia, Grecia responde a un tipo de capitalismo denominado de «amiguetes». Un país así no debería haberse integrado nunca en la Eurozona, porque además tampoco cumplía todos los requisitos de convergencia exigidos por el Tratado de Maastricht. A pesar de todo ello, Alemania (el canciller Helmut Kohl) y otros líderes europeos, por motivos políticos, apoyaron su integración en el euro. Hay aquí una responsabilidad histórica que en estos momentos conviene recordar.

Grecia, una vez dentro de la Eurozona, como los restantes Estados miembros, estaba obligada a cumplir el Pacto de Estabilidad, que exigía equilibrio de las finanzas públicas (bajo déficit y endeudamiento). Aunque no fue el único Estado que incumplió (casi todos lo hicieron), el incumplimiento griego fue demasiado lejos. Asesorada por una institución financiera de renombre (Goldman Sachs), en años anteriores a la crisis ocultó a las instituciones comunitarias los altos y crecientes desajustes en sus finanzas públicas. Junto con Grecia, otros países de la periferia europea (Irlanda, Portugal, España y Chipre) incurrieron también en irresponsables dinámicas de gasto (en unos casos los excesos fueron públicos y en otros privados). Pero, además de asesoramientos fraudulentos y vergonzosos, los excesos de la periferia europea contaron con la necesaria colaboración de los mercados financieros, que prestaron demasiado dinero de manera irresponsable, con la también irresponsable colaboración de las autoridades nacionales y comunitarias, que hicieron poco para evitar los excesos. Hay aquí otra importante responsabilidad histórica que las autoridades europeas y nacionales no deberían olvidar.

A finales de 2009, el entonces primer ministro griego Yorgos Papandreu (miembro de una de las familias que se alternaban en el poder) saca a la luz el enorme déficit y el muy alto endeudamiento de las finanzas públicas griegas. Ello, junto con los desajustes financieros que también se daban en otros países de la periferia europea (Irlanda, Portugal, España, etc.), y la torpe respuesta de las instituciones comunitarias, genera la crisis de la Eurozona y la ruptura financiera entre países deudores y acreedores que todavía perdura.

En la crisis de la Eurozona se pone de manifiesto la inmadurez y la precariedad institucional de la Eurozona, la falta de criterios claros para afrontarla. Porque la respuesta de las instituciones comunitarias a la crisis fue tardía e insuficiente, llena de improvisaciones y errores, que no sólo agravaron la crisis griega, sino también la del conjunto de la Eurozona. Aquí hay otra responsabilidad histórica que no se debe ignorar cuando se analiza la tragedia griega.

Los planes de rescate ¿a Grecia o a los acreedores?

En un primer momento, en 2010, tras un erróneo diagnóstico de la situación griega, el Consejo Europeo (a partir de los *sabios* informes de la Troika) afirmó que el problema de Grecia era de liquidez (transitorio, superable con medidas financieras), no de solvencia (no superable sin adecuadas medidas, no sólo financieras sino también económicas), y que bastaban préstamos bilaterales de los Estados de la Eurozona a Grecia, junto con medidas de austeridad presupuestaria (reducción de pensiones, salarios y despidos de funcionarios, etc.), subidas de impuestos, reformas estructurales y privatizaciones. Pero no se olvide que los préstamos bilaterales a Grecia, inicialmente, se concedieron a un tipo de interés relativamente alto, ejemplarizante, buscando combatir el denominado *riesgo moral*, penalizar la mala conducta financiera de Grecia, más que ayudar a este país a salir de su situación. Craso error, primero hay que apagar el incendio y luego pedir responsabilidades y no al revés (no se aprende de la historia alemana de entreguerras). El error luego

se tuvo que subsanar, pero hoy tiene consecuencias políticas y electorales.

Y así, en 2010, surge el primer plan de rescate comunitario a Grecia por el que los Estados de la Eurozona prestan a Grecia 110.000 millones de euros, imponiendo a cambio las mencionadas medidas, plan que no impulsa medidas de estímulo económico que mejoren la competitividad, dinamicen la inversión productiva, el crecimiento económico y la creación de empleo en Grecia. Y como consecuencia, la economía griega no mejora, se hunde en una intensa recesión: el paro crece mucho, las finanzas de los bancos se deterioran por el aumento de la morosidad, sin que las finanzas públicas mejoren demasiado. ¿Desde cuándo el equilibrio de las finanzas públicas es el fin de la política económica?, ¿no debería ser un medio?

Posteriormente, en 2012, la Troika (a buenas horas, mangas verdes) reconoce que el problema financiero de Grecia es de solvencia, que la deuda griega es demasiado elevada, que su carga financiera anual derivada de su endeudamiento no es soportable para una economía en fuerte recesión, admitiendo ahora una quita de la deuda griega a los acreedores privados y una reducción de los intereses a los acreedores públicos (los Estados de la Eurozona). Junto a lo anterior, el segundo plan de rescate concede un nuevo préstamo a Grecia (130.000 millones de euros) a cargo del fondo de rescate europeo (FEEF), organismo creado de forma improvisada para afrontar rescates financieros a Estados y a bancos de la Eurozona. Pero los *hombres de negro* de la Troika y los sesudos ministros del Ecofin (Consejo de la UE para asuntos económicos y financieros) insisten en que Grecia debe mantener las medidas de austeridad y acometer sin dilación el catálogo de reformas, ignorando en cambio la abrumadora experiencia histórica que enseña que si un país no crece no puede afrontar una deuda alta.

No debe ignorarse que los préstamos comunitarios a Grecia (bilaterales y del FEEF) no se destinaron principalmente a estimular la economía real griega (su producción, renta y empleo). Por el contrario, una gran parte del dinero prestado

a Grecia se destinó a que los acreedores privados (bancos franceses y alemanes, sobre todo) recuperaran el dinero prestado al Estado griego y también a recapitalizar a los bancos griegos (un renovado episodio de *socialización de pérdidas*, en beneficio de los acreedores y en contra de los contribuyentes). Ello explica que, actualmente, el 80% de la deuda pública griega esté en manos de los Estados e instituciones de la Eurozona, y en manos privadas sólo el 20%. De manera que el grueso de los préstamos no se destinó a sacar de la recesión a la economía griega; otro gran error y responsabilidad histórica del Consejo de la UE.

Los responsables de la tragedia griega

Sin duda, de la tragedia griega el principal responsable es la propia Grecia, y dentro de Grecia sobre todo sus dirigentes en connivencia con la oligarquía económica, que durante muchos años gestionaron de forma negligente y fraudulenta la economía griega, olvidándose (como también hicieron muchos gobiernos europeos) de las reformas estructurales que la estrategia Lisboa 2000 reclamaba. Pero también hay una responsabilidad más allá de Grecia que en estos momentos críticos conviene recordar: la que corresponde a las autoridades comunitarias y líderes europeos (los de Alemania y Francia a la cabeza), que primero alentaron por motivos políticos la entrada de Grecia en la Eurozona; luego se dejaron engañar por las autoridades griegas (por la falta de controles comunitarios de las cuentas públicas de los Estados); tampoco controlaron la evolución irresponsable de los flujos financieros entre países acreedores y deudores, que dieron lugar a excesos insostenibles; después, no reconocieron la gravedad del problema griego; y finalmente, cuando reconocieron la gravedad de la situación griega, aplicaron planes de rescate ineficaces y contraproducentes, anteponiendo siempre el interés de los acreedores de Grecia a cualquier otra consideración económica (y humanitaria). La prioridad era clara, primero se devuelve el dinero prestado (aunque esté mal prestado y la devolución deje un rastro de

recesión, paro y pobreza), y luego lo demás... ¿No chirría mucho esta prioridad, para más inri consagrada en los textos constitucionales de los Estados tras el Pacto Fiscal de 2012?

Grexit de nuevo

Con la posibilidad de ruptura entre el nuevo gobierno griego y las autoridades comunitarias vuelve la expectativa de Grexit, y con ella la retirada de depósitos de los bancos griegos, la posible quiebra de éstos, la salida de capitales de Grecia y el empeoramiento del horizonte de recuperación del empleo y la renta griega; y de paso, los inevitables efectos contagio al resto de los países deudores, efectos nada estimulantes sino recesivos.

Grexit sería una nueva catástrofe para el pueblo griego (sus millonarios tienen el dinero a salvo, lejos de Grecia); tendría muchos más inconvenientes que ventajas. Aunque Grecia, fuera del euro, recuperase su moneda (dracma) y ésta se depreciase intensamente frente al euro, permitiendo abaratar las exportaciones de Grecia a Europa y al mundo, y dinamizar su economía, tal impulso no sería demasiado grande. El sector exportador pesa poco en la economía griega, por lo que no cabe esperar demasiado estímulo de la depreciación de la moneda griega. Por otro lado, la depreciación de la moneda griega, elevaría el valor (en moneda griega) de la deuda pública y privada griega (que está en euros); ello provocaría quiebras generalizadas en la economía griega, generando todavía más recesión, más paro, más pobreza. Si a lo anterior se añade la renovada fuga de depósitos y capitales (que se acrecentaría), el resultado no sería otro que una recesión todavía mayor, lo contrario que lo que Syriza dice buscar.

Y por otro lado, la salida de Grecia del euro no beneficiaría nada a los acreedores de Grecia (públicos y privados), que tendrían que afrontar inevitables impagos o quitas de la deuda pública griega. Tampoco beneficiaría ni a la periferia europea ni al conjunto de la UE (incluida Alemania). Además, la credibilidad de la integridad de la Eurozona ante los mercados financieros sería socavada y los flujos financieros internacionales (que no tienen patria) se reorientarían en perjuicio de la Eurozona.

Un compromiso para evitar Grexit

Sería vital, por tanto, que el nuevo gobierno griego abandone su programa de máximos, pise la tierra europea, asuma la necesidad de vivir según sus posibilidades y, al menos, intente seriamente cumplir los compromisos contraídos, emprendiendo reformas económicas. Y sería vital que las autoridades comunitarias sean lúcidas, pragmáticas y solidarias.

El pragmatismo implica alejarse de la política de austeridad presupuestaria a ultranza, abandonar la equivocada idea de que el equilibrio presupuestario es un fin y no un medio, recordar que la lucha contra los altos desajustes de las finanzas públicas no es una carrera de cien metros, sino una maratón («vísteme despacio que tengo prisa» decía el torero a su ayudante antes de la corrida). Pragmatismo implica olvidar los fundamentalismos de escuela y tener en cuenta la experiencia histórica de que sin crecimiento ni se solucionan las crisis de las finanzas públicas, ni las de los bancos. Pragmatismo supone reconocer que la crisis actual, la de Grecia y la del conjunto de la Eurozona, es una crisis compleja en la que, junto a precarias estructuras económicas (que demandan reformas estructurales), subsiste una grave crisis de demanda agregada (que exige medidas de estímulo económico, tanto monetarias como presupuestarias). Pragmatismo implica también el abandono de la prioridad absoluta concedida al interés de los acreedores, reconociendo que el interés general (el bien común) está por encima. Pragmatismo es reconocer los errores cometidos y asumir las consecuencias. Pragmatismo, en fin, exige dialogar, negociar, llegar a compromisos.

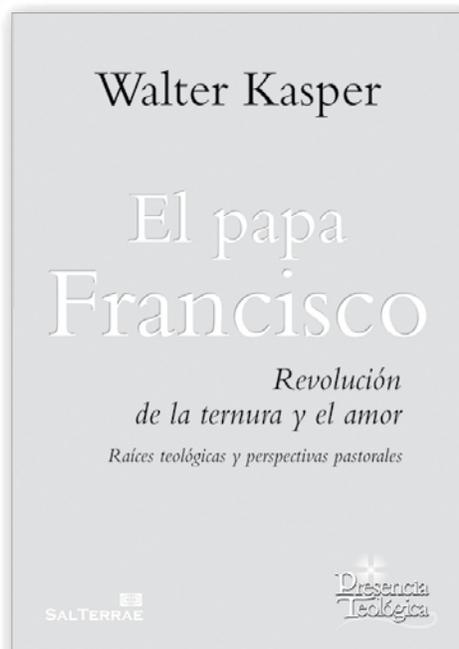
Y la solidaridad no puede dejarse a un lado en el proyecto europeo, proyecto que según los textos comunitarios no se reduce a la Europa de los mercaderes, a la Europa del capital y de los negocios, sino que incluye la Europa de los pueblos, la Europa social y la Europa de la cohesión.

Ante el fracaso de la política económica europea y de la propia política griega, es preciso que en las negociaciones entre Grecia y la UE haya pragmatismo y solidaridad por ambas partes.

Suavizar el ritmo de ajuste de las finanzas públicas griegas, que permita al gobierno griego combatir situaciones sociales dramáticas, un renovado y realista calendario de reformas estructurales (la primera y más urgente sería la reforma fiscal) y cierta reestructuración de la deuda pública helena parecen puntos sensatos en los que debería basarse el compromiso entre el nuevo gobierno griego y la UE.

De él todos saldríamos ganando, pues evitaría lo peor: Grexit y todo lo que conlleva y significa. ■

SALTERRAE



WALTER KASPER

El papa Francisco

*Revolución de la ternura
y el amor*

136 págs.

P.V.P.: 9,95 €

Francisco no encaja en ningún modelo de política eclesial, ya sea liberal o conservador. En él se unen indisolublemente la continuidad con la gran tradición de la Iglesia, por un lado, y la renovación y las sorpresas siempre nuevas, por otro. Entre estas se cuenta el programa de una Iglesia pobre para los pobres, que a algunos les incomoda hasta el punto de alzar la voz contra él. Pero no es un programa liberal, sino un programa radical. Radical, porque brota de la raíz y representa una revolución de la ternura y el amor.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
